



CASCABELES & GUITARRAS

Sobre cómo MUMFORD & SONS han convertido la música de raíces en el futuro del rock. **Por Brian Hiatt**



En las profundidades de acero y cristal del estadio O2 londinense Marcus Mumford enciende un palo de incienso. “Palo santo”, dice, con un jocoso tono reverencial, inspirando profundamente mientras su camerino se llena de humo cítrico: “¡Madera sagrada, colega!”. Cuando Mumford acaba una frase con la palabra “colega”, es habitual que a continuación venga una amistosa palmada en la espalda; incluso, cuando no la da, queda implícita. Es un tipo grande, de cara ancha, con expresión de cierta arrogancia, adornada ahora con un bigote a lo Errol Flynn.

Pero en sus ojos, que fluctúan entre el marrón y el azul (“Mi madre lo llama color avellana”) hay algo vulnerable y escrutador. Mumford, de 26 años, lleva dos meses sufriendo unas brutales migrañas producidas por el estrés, y jura que el palo santo, un tipo de incienso sudamericano, es lo único que consigue aliviarlas. “Lo he probado todo, hasta he llegado a hacerme un escáner del cerebro”, explica. Hace poco que el productor T Bone Burnett le introdujo en el uso de este tipo de incienso, algo bastante razonable: Burnett eligió las canciones para la banda sonora de la película de los Cohen *O brother* (2000), recopilación de música de raíces e influencia clave en la estética color sepia de Mumford & Sons.

“Siempre me siento ligeramente avergonzado cuando digo que *O brother* es una gran influencia”, comenta Mumford, quien tenía 13 años cuando se estrenó la película. “Sobre todo, porque es demasiado reciente”. Burnett ha reclutado a Mumford para la banda sonora de *Inside Llewyn Davis*, la película también de los Coen ambientada en la escena folk del Greenwich Village de los 60 y coprotagonizada por Carey Mulligan, esposa de Mumford desde hace 11 meses.

Ted Dwane, el contrabajista de la banda —con 28 años, es el mayor y más equilibrado del grupo (y en junio tuvo que ser operado por un coágulo en el cerebro)— también se ha aficionado al palo santo. Winston Marshall, que toca el banjo y es el más joven con 25 años, se siente menos impresionado: “El palo de las estrellas”, dice, provocando la carcajada en Mumford. “¡La diva de la ramita!”

En conjunto, la música de Mumford & Sons está relacionada, sobre todo, con la madera sa-

grada. En la segunda década del siglo XXI, han conseguido triunfar con instrumentos acústicos y armonías vocales en torno a un micro. Esta noche es la gala de los Brit Awards y en unas horas los Mumfords ganarán a One Direction como mejor grupo británico del año.

El hecho de que cuatro jóvenes británicos provenientes de colegios privados se pusieran a tocar estilos americanos antediluvianos –e incluso vestirse como granjeros de Oklahoma de los años 30– ha puesto su autenticidad en entredicho. “Tenemos algo de Okie en nuestro interior”, dice Dwane, justo antes de hacer una pausa y sonreír con esa larga barba rubia que le hace parecer un esquelético Fastaff: “No sé exactamente qué es un Okie, pero me siento como si lo fuera”. Las ropas se han convertido en un problema mayor del que jamás hubieran imaginado. “Se visten como idiotas”, escribió un bloguero. El joven cantante Jake Bugg dijo que parecían “Granjeros pijos” –el mismo que esta noche ante los ojos de ‘Rolling Stone’ se acercará a Dwane para decirle que es fan y que sus palabras se sacaron de contexto.

El día anterior, Mumford y Dwane se encuentran en un estudio de North Kensington con suelo de madera, techos bajos, olor a mocho y buenas vibraciones. Están recordando la grabación de su primer disco. “Estábamos todos de pie en torno a un micrófono, justo ahí”, recuerda Mumford, “y cantamos los versos de *Sigh no more*. Ese tema –que daba nombre al disco– estaba basado en unas armonías vocales a lo Fleet Foxes, con las gargantas de los cuatro miembros armonizando sobre la frase “I’m sorry”. Es una de las dos grandes disculpas que aparecen en su disco de debut –la más famosa aparece en el tema *Little lion man*, en el que Mumford canta: “No es culpa tuya, sino mía... esta vez la he cagado”.

Aunque Mumford puede ser exasperantemente difuso cuando se trata de explicar la inspiración tras las letras de la banda (él escribe la mayoría), reconoce que *Little lion man* trata de lo que cuenta. “Fue una historia real”, dice. “Es un tema confesional. Y, como soy un hombre, me he dado cuenta de que no me cuesta cantarla todas las noches, te puedes imaginar”. Ríe.

Los miembros de Mumford & Sons no tienen problema en pedir perdón. “No somos tipos duros”, dice Marshall: “Somos niños emocionales, llorones. No somos rock & roll. El día que AC/DC se disculpen, su carrera acabará”.

“No tengo problemas de ira, pero por supuesto experimento la rabia”, dice Mumford. “Mi padre siempre decía, ‘Tienes derecho a gritar. Pero no a insultarme o agredirme. Eso está mal. Pero puedes enfadarte todo lo que quieras –lo que tienes que aprender es a lidiar con ello’”.

Puede que esté relacionado o no, pero Mumford tiene una fea cicatriz en el dorso de

su mano –lo primero que me viene a la cabeza es que parece como si hubiera golpeado una ventana. Él no cuenta exactamente qué sucedió, por lo menos ante la grabadora, pero basta con decir que se rompió el cuarto y quinto metacarpos en junio de 2012, así que la banda tuvo que cancelar un par de conciertos y contratar a un guitarrista suplente para unos cuantos más. “Fui un idiota”, dice. “Nunca se lo he contado a nadie. Fue haciendo el tonto. No es buena idea romperte la mano, si tocas en un grupo”.

A pesar de las heridas, la gira continuó y el éxito del grupo fue en constante aumento, así que pasaron más de tres años hasta que pudieron acabar su segundo disco. Un largo tiempo

“Yo no describiría nuestra música como algo simple”, dice Mumford: “Pero está bien escuchar lo que ves tocar”

de espera, sin duda, y sin embargo *Babel* no supone una gran diferencia en cuanto al sonido de la banda, salvo quizás por la dramática, con cierto aire a U2, *Lover of the light*, que incluye “un poco de sintetizador”.

“Mis amigos me llamaron la atención porque no había una gran ruptura, como ellos habían esperado”, cuenta Lovett, que considera los dos discos como dos piezas inseparables, casi como si fueran un disco doble. “Ni siquiera habíamos llegado hasta el final de lo que habíamos comenzado. Creo que no puedes abandonar un lugar, si aún no has llegado a él”.

La gran pregunta es qué harán Mumford & Sons en el tercer disco. Parece más que seguro que habrá más guitarra eléctrica. Mumford planea introducirla por primera vez. “Nunca he sentido una urgencia mayor por hacer música”, dice Marshall. “Y creo que sería un error hacer otro disco que suene parecido. Podríamos hacer, literalmente, cualquier cosa”.

Como esas letras, en las que la figura de Dios suele estar presente, dejan claro, Mumford creció en lo que él denomina “un ambiente bíblico”. Sus padres, Eleanor y John, son líderes y fundadores de la rama británica de Vineyard, un movimiento cristiano y evangélico que practica la curación de la fe, poniendo énfasis en el poder del Espíritu Santo. Fue un movimiento muy popular entre los músicos en los años 70, incluido Bob Dylan, quien asistió a algunos servicios junto a, destino divino, T-Bone Burnett. Mumford insiste en que no son necesariamente similares a la rama de los evangelistas americanos, aunque recientemente sus padres escribie-

ran en Twitter un apasionado alegato anti gay. Él nació en California durante un viaje que la familia hizo para visitar la iglesia fundadora, así que su fascinación por EE UU es algo que le surge de forma natural.

Mumford no habla mucho públicamente sobre su educación religiosa, pero durante una larga –y a veces tensa– conversación en Filadelfia la semana anterior a los Brit Awards, rompemos el hielo. Lentamente. Se pone inmediatamente en guardia cuando le preguntó si el concepto de pecado tuvo un gran peso en su infancia. “Que el pecado es predicado con más fuerza que el amor es algo habitual”, dice, comiéndolo. “Pero eso no fue así en mi caso”.

Más de uno de los temas de Mumford & Sons habla del sexo como una tentación que debería evitarse, tema no demasiado común en el mundo del pop contemporáneo. “Creo que acabamos sucumbiendo ante ello, ¿verdad?”, dice Mumford, que canta eso de “La fuerza de la carne era demasiado fuerte”, en *Broken crown*, perteneciente a *Babel*. “Sucumbimos porque aceptamos que esa es la forma en la que funciona el mundo, y que todo te lo echan encima”.

¿Considerabas el sexo antes del matrimonio como algo equivocado? “Sí, así es. Pero luego todo cambió”.

Hace una pausa, sintiendo el peligro, y cambia de dirección. “Bueno, no, no estoy seguro. No lo sé. Creo que no”.

¿Y sobre la masturbación? Enrojece y se ríe de una forma extraña. “Dios, tío. No quiero hablar sobre la masturbación, tío. Si hay algo de lo que no quiero hablar es de eso. Soy inglés, tienes que tenerlo en cuenta”. Busca algo en los bolsillos, deseando cambiar de tema. “Mierda. ¿Tienes un cigarro?”.

Salimos a un desagradable viento de febrero buscando un paquete de Camel light. Su ropa –blazer, vaqueros y botas– no abriga lo suficiente, aunque también lleva una bufanda y una gorra, e introduzca sus manos en los bolsillos de la chaqueta. “Iba a dejarlo en enero, pero he acabado retrasándolo”, explica. “No quiero ser un padre fumador”.

Fumar supuso una rebelión para Mumford, que era un chico de buen comportamiento, aunque algo insolente. Todos los días se ponía su uniforme y se dirigía al colegio King’s College, donde aprendió a leer en latín y griego. De los 13 a los 18 años tocó la batería en un grupo de jazz junto a Lovett, quien sería más tarde el teclista de Mumford –y eran lo suficientemente buenos como para ser contratados para amenizar bodas. Pero Mumford no pensaba en sí mismo como un artista, ni tenía intención de convertirse en músico profesional. Asumió qué acabaría siendo profesor, abogado o algo así.

Más o menos a los 16 años, dejó de asistir a la iglesia. Su padre le animó a que fuera a una congregación anglicana, “porque le parecía que yo estaba algo reprimido, que era sin duda el



Caballeros de gira

(1) Mumford and Sons, en el camerino antes de una actuación en Wyoming. (2) Marshall haciéndose un tatuaje en Colorado, durante el tour americano. (3) Mumford, jugando al fútbol con miembros del equipo, algo bastante habitual cuando están de gira.

hijo de un predicador. La gente lo observaba todo, así que él me dijo: ‘Sal y conviértete en ti mismo en otra parte’. Algo muy inteligente por su parte”.

De camino a su hotel, finalmente le hago una sencilla pregunta: ¿Se considera Mumford a sí mismo un cristiano? “No me gusta mucho esa palabra”, contesta. “Tiene demasiado contenido. Así que, no. No me llamaría cristiano. Creo que la palabra conjura unas imágenes religiosas que no me gustan nada. Tengo mi opinión personal sobre la figura de Jesús y sobre quién fue. Si preguntas a un musulmán te dirá: ‘Jesús fue asombroso’. No son cristianos, pero aman a Jesús. Me he separado de la cultura de la cristiandad”. Su viaje espiritual es un “trabajo en progresión”, pero tiene una cosa clara: nunca ha dudado de la existencia de Dios.

Es fácil preguntarse, sin embargo, si a sus padres les preocupa que su hijo no tan cristiano acabe yendo al infierno. “No”, responde, “porque ellos no creen en el infierno, aunque no puedo hablar por ellos”. Entonces, ¿no está seguro? “No, no, lo sé”, murmura. En este punto le encantaría volver al tema de la masturbación.

“Pero es mucho más complicado. Solamente lo estoy suponiendo, tío”.

Mumford mira detrás de sí, y ve a una jovencita que lleva un rato cerca nuestro. “¿Puedes darme un abrazo?”, pregunta. Él le ofrece, en cambio, que choque los cinco.

De vuelta a la noche de los Brit Awards, el camerino de la banda está lleno de gente, han llegado la novia de Lovett y la esposa de Mumford. Todos los miembros del grupo están inmersos en relaciones, algo que, para Dwane “une aún más a la banda. Lo mejor de todo es que las chicas se llevan muy bien entre sí”. Mulligan deslumbra y parece un poco frágil con su vestido negro; Mumford no nos presenta. “Acabo de empezar un matrimonio notorio”, dice la noche anterior. “Y estamos decidiendo cómo hacerlo de la mejor manera posible”.

Las fiestas de después del concierto están llenas de anécdotas, sobre todo para Marshall quien, por primera vez en su vida, se emborracha hasta desmayarse. Se le vio hablando con

Taylor Swift, pero no recuerda nada. Se despierta tras recibir dos sms –uno de un nuevo colega que le invita a un partido de fútbol muy importante; el otro de Dwane, informándole de que se ha comportado como un “gilipollas”. Marshall se queda asombrado: “Pensé: ‘¿Qué habré hecho en estas dos horas para casi perder a uno de mis mejores amigos y que me invitaran a uno de los mejores partidos de fútbol del año?’”.

A todos en el grupo les gusta beber, y la primera vez que salieron de gira, Mumford y Marshall lo hicieron a tope. Como recuerda Dwane, “Marcus y Win no paraban de gritar. La cantidad de ruido y energía que desprendían era increíble. Nunca había visto nada parecido. Daba miedo. Y ante eso yo reaccioné volviéndome más callado. Sólo soy dos o tres años mayor que ellos, pero soy un puto abuelo en comparación”.

En la actualidad, Mumford se lo toma más tranquilamente, sobre todo para cuidar su voz. Sin embargo, durante el concierto bebe bastante, yendo y viniendo de la tarima de la batería a por cerveza o whisky con agua.

Lovett ya no bebe mientras está de gira después de que en 2012 tuviera serias discusiones con los demás miembros de la banda. Tras una larga gira, se sacaban de quicio entre sí. Hubo sentimientos heridos. “Somos tipos bastante emocionales”, dice Marshall. “Un día alguno no te saluda y piensas: ‘¿Este de qué va?’”.

Dwane es el único miembro que no considera que haya democracia en la banda. “Marcus es el líder”, cuenta. “Nadie lo niega”. (Salvo el resto de la banda). Todos componen, algo que le gusta a Marcus. “Ahora mismo”, dice el cantante: “Les digo: ‘¿Dónde están esas canciones?’”. Mumford & Sons no sonaría así si no aportásemos nuestra creatividad individual”.

Al igual que Mumford, los otros tres miembros del grupo no se consideran a sí mismos cristianos, de hecho, el tema les pone enfermos. “Springsteen dijo algo precioso en el tributo de MusiCares”, recuerda Marshall. “Dijo: ‘Lo mejor de la música es que no requiere tener fe’. Y de hecho, yo sólo creo en la música”.

Antes de cada concierto, los Mumfords pasan unos minutos juntos. “Solemos hacer unos minutos de reflexión”, dice Mumford, “sobre quiénes somos, lo que hacemos y por qué lo hacemos, antes de salir y convertirnos en seres vulnerables ante una rugiente multitud”. En el camerino, unas horas antes de que Mumford me contara el camino que había tomado lejos de la fe de sus padres, la reunión del grupo incluye a los vientos y a las cuerdas que han contratado para la gira –entre ellos, el trompetista Nick Etwell, quien fue el profesor de música de Lovett cuando éste era niño.

Todos forman un círculo, abrazados por los hombros, con las cabezas inclinadas. Mumford habla en tono sobrio y solemne, mientras todos miran al suelo. En este preciso momento, parece verdaderamente el líder del grupo –y sus palabras se parecen mucho a una oración. ☘